

LA SOMBRA DE DON TIBURCIO

HACE veinticinco años recorrimos Honduras por primera vez. Eran tiempos de Carias, don Tiburcio, doctor y general. También tiempos de matanzas de obreros y de presos políticos engrillados. Un mes antes de nuestro arribo, en San Pedro Sula, centro bananero de la United Fruit, una huelga de obreros había sido ahogada en sangre. Centenares de muertos daban razón y vigencia al lema oficial: "Paz y trabajo". En algunos muros se leía, mal borrada, la inscripción: "Paz, de los cementerios; trabajo de esclavos."

El régimen policial, el pintoresco dominio de la bananera sobre el país, la estructura de un sistema de poder al estilo de Tirano Banderas, la constante vigilancia —casi persecución— provocaban en el visitante un picante sabor de aventura. Y si éste venía, como era nuestro caso, de un mundo de inalterable, casi aburrida, institucionalidad, de un estado de derecho, de un sistema de plenas garantías, a aquella sensación excitante se agregaba la atracción de lo exótico; de lo que ocurre en una "república de las bananas", tan distante, tan extraña a nuestra realidad de entonces.

Don Tiburcio Carias llegó al poder en 1932, como candidato del Partido Nacional. Poco antes de terminar su mandato de cuatro años, promovió una agitada campaña en favor de su reelección. Para darle un ideario político creó la doctrina del "continuismo", que tuvo amplia repercusión aquí, porque en ese momento el señor Gabriel Terra hacía lo propio en el Uruguay.

El continuismo tuvo éxito: el doctor y general Carias, mediante sucesivos alargues, re-tuvo el gobierno durante diecisiete años. Su sucesor, ministro y amigo; abogado, además, de la United Fruit lo sustituyó en 1949.

Este gobernante, opaco servidor del "continuismo", Juan Manuel Gálvez, llamó a elecciones al término de su mandato, en 1954. Las ganó un médico, líder del Partido Liberal y opositor al continuismo: Ramón Villeda Morales. Pero no le entregaron el mando y el continuismo continuó. Se sucedieron tres o cuatro hombres de paja, hasta que en 1957 una Asamblea Constituyente designó presidente constitucional al mismo Villeda Morales, el estafado de las elecciones anteriores.

Con Villeda, que era por lo menos un hom-

bre civilizado, comenzó un período de normalidad institucional; un régimen civil. Pero cuando faltaban tres meses para finalizar su mandato y el país había sido convocado a elecciones, el ministro de Defensa dio un golpe militar "para impedir la presencia de un civil en el gobierno". De ese modo el 3 de octubre de 1963 el entonces coronel Oswaldo López Arellano, asumió el mando, y se convirtió en el hombre fuerte de Honduras. La sombra de don Tiburcio se extendió nuevamente sobre el país.

Por dos años López Arellano mantuvo su condición de gobernante provisorio. Pero luego se convirtió a la doctrina del continuismo. En 1965 convocó a una Asamblea Constituyente y ésta lo designó presidente.

Gobernó así, durante ocho años, en régimen militar. Próximo a la terminación de su mandato provocó "la guerra del fútbol" contra El Salvador, lo que le creó una situación insostenible. Tentó, fiel al continuismo, su reelección, sobre la base de un acuerdo entre los dos partidos tradicionales, el Nacional y el Liberal. Los partidos rechazaron su intento pero acordaron un pacto por el cual se repartieron los escaños legislativos y disputaron en acto electoral la presidencia de la república. López Arellano tuvo que resignarse a entregar el mando al vencedor, doctor Ramón Ernesto Cruz, su correligionario del Partido Nacional.

En junio del año pasado asumió Cruz. El pacto, "para garantizar la estabilidad institucional", reunió a los dos partidos integrando un gabinete de coalición y unidad nacional. El ex-presidente, mientras tanto, conservó el mando de las fuerzas armadas.

El gobierno de coalición se mantuvo hasta el lunes último, día en que "el ejército se vio en la necesidad de tomar el poder para reencauzar la vida nacional debido a la situación caótica que atraviesa el país y en vista de que el pacto político entre los dos partidos no funcionó". Y en consecuencia resolvió: "que el señor general Oswaldo López Arellano, jefe de las fuerzas armadas, asuma la Jefatura del Estado que gobernará por medio de decretos-leyes emitidos en Consejo de Ministros y que su permanencia en tal cargo sea de cinco años como mínimo".

Agrega la proclama constitutiva un esbozo de programa: "Las máximas aspiraciones de

las fuerzas armadas serán lograr la verdadera unidad nacional, encauzar al país hacia un verdadero desarrollo, encontrar la solución a los grandes problemas que nos aquejan y procurar la felicidad del pueblo".

Es así que este nuevo apóstol del continuismo, que traicionó la primera vez a su presidente siendo ministro de Defensa, y que lo hace por segunda vez ahora, como jefe de las fuerzas armadas, agrega a sus ocho años cumplidos de gobierno cinco más "por lo menos" que se inicia ahora.

Su reconocida elegancia y cierto barniz recogido en las aulas, donde "obtuvo el título de Oficial Diplomado de Estado Mayor en los Estados Unidos", no disimulan su directa descendencia de don Tiburcio Carias, el sombrío obeso y sanguinario antecesor.

Honduras es un pequeño país productor de bananas y de café, cuartel general de la United Fruit Co. De menos extensión que el Uruguay y casi con la misma población. Vive sumido en la pobreza (la tercera parte de nuestro ingreso per cápita) y en la ignorancia (50% de analfabetos; 6% de personas que han completado primaria). Fue cuna de uno de los grandes de la historia de América: Francisco Morazán, creador y mártir de la Federación Centroamericana. Ahora, por obra de la United Fruit y de los malos hondureños, es una ruina, sin redención y sin destino.

Un día "nos metimos en Honduras" como espectadores y narradores de hechos y acontecimientos a los que asistíamos, pero que ocurrían en un mundo distante y absolutamente ajeno a nuestra experiencia de uruguayos. MARCHA recogió nuestras crónicas en 1948. Con cierta desaprensión describíamos una realidad que estaba allí, pero que ni por asomo podía tener semejanza alguna con nuestro país. Hasta cierto punto nos divertía el contraste. Un dictador que durara diecisiete años; una empresa que fuera más fuerte que el país; servicios públicos que pertenecieran a la empresa —correo, diarios, transportes terrestres, marítimos y aéreos, tiendas, escuelas, etc.—; un régimen de vigilancia que ponía tras cada visitante un policía, eran hechos que daban sabor a la crónica viajera. Haciendo honor a la verdad los podíamos contar; pero jamás, como uruguayos, los íbamos a vivir.

Veinticinco años después, otra vez "entramos en Honduras". Pero el afán de la reelección, el continuismo, el gobierno fuerte desbordando la constitución, la elección amañada, el régimen policial, la sombra del polizonte tras nuestros pasos, la falta de garantías, los presos políticos por millares, las torturas, las desapariciones de ciudadanos, la constante amenaza, el bando militar o la proclama, ya no son exclusivos de aquel país exótico y distante. También aquí la sombra de don Tiburcio se extiende amenazante y ensombrece el verdor de esta tierra uruguaya.